

mal, y así como el reino de la humanidad no es sino el participio del animal al pensamiento y á la libertad, el reino de Dios no es sino el participio de la humanidad que piensa, de la humanidad libre en la vida misma de Dios y del Infinito. Este reino que consume la evolución universal de las cosas es la obra de Jesucristo.

Pero, Señores, esta participación en la vida de Dios no pudiendo ser realizada sino por aquél que tiene en sí á Dios y á Dios como á su bien propio, resulta que Jesucristo este sér admirable, el más grande de la tierra, el más incomparable de todos los hombres—pues ningún otro si no ha sido él, ha tenido ni aún la idea de esta obra sobrehumana—viniendo á fundar el reino de Dios en la humanidad debía tener á Dios en sí mismo. Por esto afirmaba de sí mismo, solemnemente, que era el Hijo de Dios, igual á su Padre, en plena posesión del Espíritu que debía comunicar á los creyentes. De donde se sigue que recusar la afirmación de Jesucristo dándose como Hijo de Dios, es destruir de un sólo golpe su obra y su historia.

Jesucristo no ha sido solamente el fundador de la obra divina que acabo de examinar, sino el legislador moral de la humanidad, promulgador de la ley suprema y definitiva para los seres inteligentes y libres que quisiesen entrar en su reino.

Una de mis grandes satisfacciones intelectuales y religiosas es, precisamente, ver en ese mundo moderno, que con frecuencia se engríe con un soplo de incredulidad, la multitud encaminada por la gran ruta que Jesucristo ha trazado. La mayor parte de los historiadores, principalmente los que se dicen críticos, tratan con imperdonable y chocante ligereza esta función esencial del Cristo. Mencionan con mucha complacencia *el sermón de la montaña*; y cuando han hablado de las avencillas que revoloteaban por

el aire mientras hablaba Jesús; cuando han descrito aquella verde y florida llanura de Galilea en donde él difundía su palabra; cuando han hecho notar la admirable poesía de que el Maestro rodeaba sus preceptos divinos, se dan ya por satisfechos. Apenas si señalan la superioridad de Jesús sobre todos los demás legisladores, y sin embargo, basta consultar los documentos para convencerse de que si aquellos han hablado como sabios, Jesús es el único que ha hablado como Dios.

Algunos críticos se atreven hasta á negar toda originalidad á la moral del Evangelio, y llegan á asentar, contra la evidencia misma, que los grandes preceptos cristianos no son otra cosa que una nueva edición de las sabidurías pagana y judía.

Nada más falso. señores; y vais á reconocerlo.

Desde luego, una diferencia esencial distingue á la ley de Cristo, de todas las demás. ¿Podrá negarse, en efecto, que no sea la expresión rigurosa de la perfección absoluta, hasta el punto de que Jesús ha podido decir de ella: "El cielo y la tierra pasarán, pero no pasarán mis palabras?"

Véase lo que han hecho los otros legisladores. Moisés, legislador inspirado, toleraba el divorcio. En cuanto á Mahoma, ya conoceis su moral que concedía mucho á la fragilidad humana. No puede, ciertamente, negarse la habilidad de tales concesiones, porque él no era más que un hombre y no podía, por ende, imponer á los hombres la perfección absoluta: se contentaba con reglamentar y encauzar el mal. En su impotencia para domar la bestia humana, trataba de halagarla: de ahí, entre otras graves lagunas del Corán, la tolerancia de la poligamia que la conciencia cristiana ha repudiado y abominado siempre como una vergüenza.



Jesucristo ha sido el sabio completo. Ha dado la ley absoluta sin ninguna restricción. Ha prescrito la monogamia estricta: un solo hombre; una sola mujer.

Mientras él dice á sus discípulos: "amarás á tus enemigos," Mahoma dice: "¡muerte á los infieles!" Quizá Mahoma se creía muy hábil; mas Jesucristo no era hábil: era la verdad absoluta.

Pero, me direis, él no es obedecido.—Pues sí es obedecido por sus verdaderos fieles. ¿Por qué? Porque ha dado, no solamente el precepto, sino la fuerza del espíritu; entiéndase; la fuerza del espíritu divino. ¿Y cómo la habría dado si no la hubiese tenido en sí mismo?

En tanto que Moisés ha grabado su ley sobre piedra, Jesús ha grabado la suya en la conciencia; y para escribir en tal libro se necesita ser más que un hombre. Esto solo es una prueba más de que la afirmación de su divinidad es una condición necesaria para comprender á Jesucristo, aún como legislador.

Pero él ha ido más allá, señores, y á medida que se penetra más en esta función inherente á su vida misma, se reconoce que supera á todo sér humano y que quede inexplicable sin su propia divinidad. Todas las leyes del Evangelio se reducen á una frase que las contiene todas. Es esta: Es preciso creer absolutamente en Jesucristo. El no ha dejado otra alguna á sus discípulos, al pueblo á quien evangelizaba, ni á todos aquellos á quienes ha transmitido su ley en la sucesión de los tiempos. Sí, señores, creer en Jesús como en Dios: he ahí el principio de todas las leyes evangélicas y el gran precepto de Jesús.

Si creéis en Dios, decía el Maestro, creéis en mí. No puede dudarse que todo el esfuerzo de su apostolado tendía á obtener la fe en él, y la fe sin reserva. Toda su acción estaba subordinada á esta virtud primera que él reclamaba

imperiosamente de todos los que le rodeaban y querían seguirlo.

¡Y bien! yo me dirijo á la conciencia más elemental que podamos encontrar entre todos nosotros. ¿es permitido á un hombre la fe absoluta? Yo creeré en mi amigo, en mi padre; ¿pero creeré con fe absoluta? No; creeré con fe relativa, con fe humana. Creer en alguno con fe absoluta es abdicar en sus manos; es no tener ya pensamiento propio; es no tener otro sino el de aquel en quien se cree; es no tener voluntad propia: es entregársela sin reserva. Si vuestra fe es total, total será la abdicación de vuestro pensamiento. Si vuestro amor es total, no os perteneceis ya; estais suprimidos. ¡Os admirais! Yo también. ¡Os escandalizais! Pues también yo. ¡Cómo! ¿Abdicar absoluta, totalmente, en manos del Cristo?

Yo conozco nuestro tiempo, Señores, y las pasiones que lo dominan: la individualidad es el último principio que consentimos en sacrificar. Queremos ser nosotros mismos, y celosos de nuestros derechos, no queremos pertenecer á nadie. Aun el amor, que habla tan voluntariamente de confianza absoluta, sin límites, se engaña. No se renuncia á sí.

Y en efecto, Señores, no hay más que un sér al cual se pueda hacer ese sacrificio total; no hay más que un sér que pueda pedirlo, y ya os lo he dicho, ese sér único es Dios, porque él es la verdad absoluta, la fuerza absoluta, y la absoluta perfección.

Así, cuando un sér libre, sintiendo que no tiene más que una verdad relativa, una voluntad fragil, una actividad limitada, se encuentra en presencia de alguien que le pide una abdicación total de su inteligencia ante su palabra, de su voluntad ante su ley moral, de su actividad ante su ejemplo, no le quedan sino dos actitudes que tomar: ó rebelar-



se ó prosternarse, rebelarse contra el que le pida esa abdicación total, y si es este un hombre tendrá razón aquel; ó prosternarse porque es Dios el que se la pide; Dios, es decir, la verdad y la perfección absolutas, y entonces la abdicación se trueca en el primero y el más santo de los deberes.

He aquí precisamente lo que Jesucristo ha pedido; y obrando así ante el hombre, se ha declarado ante él como Dios. ¡Oh Maestro! Yo te rindo homenaje ante esta asamblea que me escucha; homenaje salido de lo más profundo de mi sér. El día en que he visto que tú me pedías la abdicación de mi pensamiento ante el tuyo; de mi voluntad ante tu ley, de mi actividad ante tu ejemplo y tu fuerza, he renunciado á mí mismo delante de tí, acordándome de las palabras de tu discípulo: "Yo vivo; nó, yo no vivo ya; pero el Cristo vive en mí.

¡Ah, Señores! No lloreis por estos sacrificados. Al renunciar á su vida propia, encuentran la vida infinita, la vida eterna; no en la realidad inmediata, sino en esperanzas que ensanchan el pecho de los creyentes y les infunden en el corazón energías que ninguno conocerá mientras no descienda á él lo divino.

Y si yo tengo algún voto que formular, es el de que todos vosotros escuchéis la voz de Cristo, y reconociendo su divinidad, no vacileis en hacerlos sus discípulos. Aquellos que todo lo han dado, han recibido ya el céntuplo desde este mundo en moneda de verdad y de paz; pero los que lo han desconocido, se han extraviado por una religión de tristeza y de muerte, de donde ninguna fuerza humana podría sacarlos.

Id, pues, Señores; acudid á ese llamamiento que Dios hace á la humanidad, y que hoy mismo os renueva.

Señores: la afirmación de Jesús testificando su propia

divinidad está de tal manera identificada, incorporada con su vida, que esta vida es inexplicable sin ella.

Vosotros no ignorais la historia evangélica hasta el punto de desconocer su carácter dramático. Llamo drama á toda vida que ha estado llena en su evolución, de dificultades terribles, á la que punzantes dolores han martirizado, y que ha tenido por desenlace una tragedia sangrienta. La vida de Jesucristo resulta, pues, el drama más heroico, cuando se penetra en las profundidades psicológicas del sér humano bajo el cual la divinidad se encontraba oculta. Se ha desarrollado con rapidez, con precipitación. Después de treinta años de la más tranquila existencia. Jesucristo se revela, entra en la vida pública, y en menos de tres años el drama se desenlaza de manera brusca, heroica, formidable. Jesucristo ha concitado en contra suya el furor religioso y nacional más violento, el más vehementemente que hombre alguno había jamás provocado.

Ved lo que pasa en nuestro mundo actual. Cuando se amotinan y rujen las pasiones políticas, se dice: ¡qué cosa tan atroz la pasión política!—¡Ah!, Señores, eso es muy superficial! Yo no creo en la pasión política. ¿Os admirais? Pues no, no creo. Más que una tragedia, es frecuentemente una comedia. Todo lo que no toca á la conciencia, no es nada. Los odios políticos pueden producir por encima ciertas agitaciones, y los que á ellas no están habituados podrán decir: ¡qué tempestad! Pero los que conocen el fondo de la humanidad no se inquietan por ellas y las dejan que pasen.

Terrible, el odio religioso, porque es el único que viene del fondo del alma y que hasta su fondo se dirige.

Pues bien, Jesucristo fué el gran perseguido del odio por excelencia, del odio religioso; y para darse cuenta de ese drama que consumió su vida, es preciso inquirir la



causa de tal odio; el motivo por el cual el maestro fué tan violentamente rechazado por el pueblo á quien se dirigía.

Si examináis la historia de Jesucristo según la crítica incrédula, vereis allí que él quería fundar un culto nuevo. Ese es un error, porque jamás ha hablado de esto. La verdad es que Jesús ha herido en lo más hondo el amor propio de sus compatriotas; ha desenmascarado la hipocresía de los fariseos y de aquellos doctores de la ley que violaban los mandamientos esenciales. ¡Y con qué santa cólera no se armaba del látigo para flagelarlos y confundirlos cuando los veía transformar en cueva de ladrones la casa de su Padre! Así es como ha levantado en contra suya los intereses y las pasiones acostumbradas á cubrirse hipócritamente con la máscara de la religión.

Pero si quereis ir hasta el fondo del drama de la vida de Jesucristo, os convencereis de que el furor religioso ha sido provocado en su contra, porque él afirmaba, con verdad siempre creciente y siempre más deslumbradora, ser el Hijo de Dios, igual á su Padre.

Me preguntareis acaso en qué podía semejante afirmación repugnar, sublevar, escandalizar á los judíos. Ignorais, entonces, que su dogma principal, el dogma de la unidad de Dios, era para ellos, sobre todo en esa época, objeto de un culto supersticioso. Su monoteísmo llegaba hasta la negación de la Trinidad divina, á la cual, sin embargo, sus profetas habían hecho más de una transparente alusión.

Nosotros podemos malamente formarnos una idea de la intolerancia y del fanatismo de ese pueblo respecto de su Jehovah, el Dios único, la piedra, el fundamento, como él le llamaba; de suerte que el furor de los escribas, de los

doctores y de la multitud llegaba á su paroxismo cuando oía á Jesús proclamar su mesianismo y su filiación divina; testificar que todo lo había recibido de Dios, su Padre, y que era igual á El.

Tal doctrina exasperaba á los judíos, no podían contener su indignación contra el que les parecía el más grande de los blasfemos; acumulaban piedras y querían apedrear á Jesucristo.

¡Ah, Señores! ¡qué ejemplo para todos los que trayendo al mundo la verdad han padecido por ella! ¡Y cuántas veces, estudiando la vida del Maestro, he caído de rodillas arrebatado por el indomable valor con que se dirigía hacia la muerte! Bien sabía él, en verdad, que al darse como Mesías, Hijo de Dios, igual á su Padre, produciría el furor de la autoridad religiosa y del pueblo á los cuales exponía su doctrina. Bien sabía que los judíos, doctores, sabios, fariseos, escandalizados, no se detendrían, en su cólera y rabia, hasta que el gran sacerdote le juzgara como blasfemo y le enviara á la muerte. Lo sabía, y marchaba recto, sin flaquear, á su Calvario. El odio, el odio religioso llevado al paroxismo, no ha retrocedido ante el homicidio jurídico para castigar al que se igualaba con Dios.

Tal es, Señores, la verdadera razón por qué Jesucristo ha sido condenado á muerte; es fuerza declararlo en puridad ante los que niegan la divinidad del mártir. Como se ven constreñidos por esa negación á mutilar su enseñanza, se hallan también reducidos á desconocer la verdad del drama que ha terminado su gran vida. Pero los testimonios son indestructibles é invencibles. No solamente se ha declarado Jesús en términos propios Hijo de Dios vivo; también se ha dado con solemnidad profética, los atributos incommunicables de Dios.

“Y algún día, ha dicho el gran sacerdote, vereis al Hi-



jo del hombre, sentado á la derecha de Dios y viniendo sobre las nubes.”

¿Qué crítica prevalecerá jamás contra la evidencia, la solemnidad y la audacia de tales declaraciones? No las puede negar sin desmentir á la historia; y si las acepta, no puede comprenderlas. Ellas, en efecto, no tienen sentido más que para los creyentes que reconocen en Jesucristo, no solamente un hombre, sino el Hijo único de Dios, Aquel que era en el origen de las cosas, y que aparecerá al fin de los siglos y de las cosas para ordenarlo y juzgarlo todo.

¡Ah! no sonriais, incrédulos. Os conozco bien, como me conozco, porque todos llevamos en nosotros mismos un fermento de incredulidad. Os preguntais cuál es el fin de las cosas y cuándo ha de venir. Vosotros que creéis haberlo sondeado todo, no mirais muy lejos y os rehusais á comprender. El fin de las cosas no tiene necesidad de vuestro conocimiento: él se impondrá á vosotros, él estallará sobre vosotros con la rapidez del rayo. Nuestro sol se extinguirá, como ya otros se han extinguido. Vendrá un momento en que todo acabará para nosotros, y ese momento, dejadme que os lo diga, será aquel en que el dueño de cielo y tierra, en que el Maestro, el Juez de los hombres, Jesús de Nazareth aparecerá glorioso y triunfante. ¡Ojalá podais afrontar su presencia!

¡Oh Cristo! que te has afirmado de modo tan manifiesto Hijo de Dios; ¡oh! tú que has penetrado tan adelante en esta humanidad á quien conduces por la virtud de tu palabra, ¡quédate con nosotros! Yo sé que se te desfigura; pero los documentos que guardan tu imagen, la Iglesia que conserva tu culto, los creyentes que te llevan vivo en sí mismos, cuidan de mantenerte en medio de este mundo preocupado con todos los temores, enloquecido con todas

las aberraciones y que no sabe á dónde va. Pero tú sabes bien á dónde vamos nosotros. Gracias á tí, nuestra vida está llena de divinas esperanzas; nosotros queremos vivir de tí, es decir, de Dios mismo, después de haber hecho el bien á ejemplo tuyo; después de haberte amado; después de haberte adorado en tu bondad, tu sabiduría, tu fuerza y tu divinidad.

